

NOTAS

IN MEMORIAM

BERNARDO MONSEGÚ, C.P.

Ha fallecido en Madrid a los noventa y tres años el padre pasionista Bernardo Monsegú, figura señera del catolicismo tradicional en la España de la segunda mitad del siglo XX. Su nombre, entre otras empresas del mismo, viene unido en particular a dos revistas: *Verbo* y *Roca viva*.

Para los lectores, amigos y colaboradores de los comienzos de la primera, y aun hasta los de fecha bien cercana, se trata, a no dudarlo, de nombre familiar e importante. Pues el padre Monsegú —su verdadero nombre era el de Hilarión Gómez Monsegú— fue desde casi la fundación de la obra de la *Ciudad Católica* uno de los sacerdotes que la asistieron espiritualmente y de quienes también obtuvo sostén intelectual. No hay más que espigar las páginas de las distintas series de *Verbo* para hacerse una idea de la cantidad y calidad de su aporte. Y eso que no escasearon en sus filas los grandes teólogos y maestros de espíritu. De entre ellos, el jesuita Eustaquio Guerrero fue quizá el que dejó más honda huella en un primer momento. Como en un segundo momento el dominico Victorino Rodríguez fue el más sólido de nuestros consejeros. Y, siempre, en todo momento, el también jesuita Agustín Arredondo. También el padre Bernardo Monsegú, hasta que hace años quedara imposibilitado, acompañó de modo abnegado y constante esos afanes apostólicos. En la nota que hice sobre los cuarenta años de *Verbo*, y en la que se deslizaron algunas omisiones, por las que vuelvo a pedir disculpas otra vez, puede hallarse un elenco. Ahora, sin embargo, permítaseme recordar solamente a algunos, para mí muy queridos. Los inolvidables jesuitas González Quevedo, que vive retirado desde hace muchos años en Villagarcía de Campos, y los ya desaparecidos Pérez Argos y Alba. El dominico, gran historiador de la filosofía, Teófilo Urdanoz. Y el diocesano Luis Ruiz Galiana. Algunos de estos nombres volverán a aparecer en lo que sigue.

El padre Monsegú, según me cuenta Juan Vallet, llegó al conocimiento de los responsables de la *Ciudad Católica* a través de los encuentros de intelect-

tuales católicos que promovía otro ilustre religioso amigo, el hebraísta Alejandro Díaz Macho. Desde entonces fue permanente su buena disposición. Yo le recuerdo como uno de los puntales eclesiásticos de la Ciudad Católica desde mi incorporación en los últimos setenta. Acudía regularmente a las Reuniones anuales convocadas por la Fundación Speiro, celebraba en ocasiones la Santa Misa en la festividad de San Fernando y colaboraba en las páginas de *Verbo*. De aspecto humilde y alegre, se trataba de un verdadero sabio, laborioso y agudo.

Pero su obra fue sobre todo la revista *Roca viva*, que prosiguió al fallecer don Luis Ruiz Galiana, aunque ya en vida de éste recayera sobre él una parte no despreciable del peso de la redacción. Yo, que colaboré esporádicamente en ella, desde la primera época, por invitación insistente de don Luis —hijo del general Ruiz Hernández, que fue animador durante mucho tiempo de la Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés—, intensifiqué la relación en la segunda época, la del padre Monsegú. Hasta el punto de que —lo he contado también en las páginas de *Verbo* a propósito del último número de *Roca viva*— cuando vio flojear sus fuerzas, quiso asegurar la continuidad dejándome la revista en herencia. De ahí que lleve en el alma la pena de no haber logrado asegurar su pervivencia. Pues incluso durante los últimos años de la vida del padre Monsegú, me ví forzado a suspender su aparición, ante la falta de medios humanos y materiales. Creo que, por el deterioro de la edad, no se dio cuenta. En *Roca viva*, revista de cultura católica, de divulgación, pero dignísima, y que contó con algunas plumas extraordinarias, como la del padre Monsegú, dejó éste cientos de horas de trabajo, y no sólo en los textos firmados, sino en editoriales y notas, crónicas. En los últimos tiempos el padre Pérez Argos fue uno de los más firmes puntales para conservar la línea de siempre, y aun intensificar su signo de gran nitidez con la defensa de la liturgia romana tradicional y la crítica redoblada de algunas de las directrices conciliares, demostradas bien pronto, pero con comprobación que cada vez se hace más palmaria, deletéreas.

El padre Monsegú cursó estudios de filosofía y teología en Roma, de donde volvió en 1936, en vísperas del Alzamiento nacional del 18 de julio, pasando la guerra cautivo en Madrid. El año 1942 gana un importante premio discernido por el Casino de Madrid, con un trabajo —de entre 39 concursantes, uno de ellos Francisco Elías de Tejada, que quedó segundo— sobre la riqueza espiritual de España. En 1955 obtiene también el premio Donoso Cortés, convocado por las Diputaciones extremeñas, con un trabajo, luego varias veces reeditado, sobre *La clave teológica de la historia según Donoso Cortés*, mientras que cuatro años después, en 1959, se le adjudica el premio Menéndez Pelayo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por su obra *Filosofía del humanismo de Juan Luis Vives*. En esos años, entre 1946 y 1955, será profesor de filosofía en Roma, regresando luego a España para ocuparse en labores pasto-

rales, durante muchos años en el santuario de Santa Gema, y hacerse cargo de la dirección de la popular revista *El Pasionario*. Durante esos años será frecuente también su colaboración en la *Revista Española de Teología* y su participación en las Semanas de Estudios Teológicos, todo ello en el ámbito del Instituto Francisco Suárez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Finalmente intervino como perito del Episcopado Español en el II Concilio Vaticano. No extrañará por lo mismo que en distintos momentos de su vida fuese cooptado miembro de la prestigiosa Pontificia Academia Romana de Teología, y que perteneciese igualmente a la Academia Mariológica Internacional y a la Sociedad Mariológica Española.

Su obra escrita, más allá de lo ya dicho sobre su constante colaboración en revistas, populares como *El Pasionario*, de alta divulgación como *Roca viva* y académicas como *Verbo* o la *Revista Española de Teología*, se ha objetivado en un buen número de libros, también de diversa índole. Así, junto con la serie de libros de formación, ocho, publicados por la editorial Atenas, que va de *¿Sabes vivir?* (1957) a *Marido y mujer* (1961), encontramos otros como *El Occidente y la hispanidad* (1955), *Valoración filosófica de Menéndez Pelayo* (1957), *Él y su Pasión* (1968), *Religión y política* (1974), los tres tomos de *Posconcilio: hechos y cuestiones polémicas* (1973-1976) o *La Iglesia que quiso Cristo* (1986). En todos ellos se evidencia una sólida formación en la tradición de la filosofía cristiana, y un juicio certero, ponderado y valiente sobre las transformaciones eclesiales de los últimos decenios. También una adscripción al pensamiento político tradicional hispano.

Uno de los ámbitos en que los cambios epocales están destruyendo el sentido de la transmisión (tradición) doctrinal, cultural e incluso actitudinal es el eclesial. El padre Monsegú aparece como arquetipo del clérigo tradicional, al mismo tiempo natural y culto, bondadoso y firme. Ese sacerdote humano y sobrenatural al mismo tiempo, que está en trance de desaparición, sustituido sea por el progresista *enragé* o el moderado desustanzializado. Incluso, ay, a veces también por el «tradicionalista» saturado de ideología. Que Dios lo tenga en su gloria.

MIGUEL AYUSO

